



El regionalismo populista sudamericano

Apuntes para la comprensión de sus diferencias con el populismo euroescéptico

Diego Hernández Nilson

Profesor de Estudios Internacionales, Facultad de Ciencias Sociales,
Universidad de la República
diego.hernandez[@]cienciassociales.edu.uy

Resumen

En los últimos quince años el auge del populismo a nivel mundial ha puesto el foco en el modo en que estos movimientos perciben el vínculo entre sus países y el exterior. En el caso de Europa, ello se expresa en el euroescepticismo del populismo europeo. En Sudamérica, en cambio, el populismo ha sido uno de los principales promotores de la integración. Este trabajo presenta un recorrido histórico sobre el vínculo entre populismo y regionalismo en Sudamérica, para luego ensayar una explicación acerca de la relación virtuosa entre ambos, desde la perspectiva de la teoría del populismo de Ernesto Laclau, en particular, la noción de antagonismo como fuente de dicotomización de la sociedad en dos campos enfrentados: pueblo y élites. El argumento es que el discurso del populismo sudamericano inscribe a la integración en el campo popular, adoptándola como una herramienta que permite antagonizar en forma simultánea con las oligarquías y el imperialismo, actores de cuya exclusión resulta la “patria grande” como proyecto de pueblo transnacional sudamericano. En Europa, en cambio, el discurso populista euroescéptico antagoniza con la integración regional, a la que considera una herramienta de las élites europeístas para introducir reformas que amenazan a la comunidad, y de cuya exclusión resulta un pueblo que coincide con el espacio nacional. Para finalizar, como resultado del análisis, se plantea y deja abierta la cuestión acerca de cómo el vínculo entre populismo e integración regional puede inscribirse en un antagonismo más amplio, entre universalismo y particularismo, especialmente pertinente en un contexto de crisis sistémica global.

Palabras clave

Populismo, antagonismo, integración regional, regionalismo populista, Latinoamérica, euroescepticismo.

Abstract

During the last 15 years, the rise of populism worldwide has caught attention on the way in which these movements perceive the link between their countries and abroad. In South America, on the other hand, populism has been one of the main promoters of integration. The work presents a historical overview of the link between populism and regionalism in South America, and then attempts an explanation about the virtuous relationship between both, from the perspective of Ernesto Laclau's theory of populism, particularly, appealing to the notion of antagonism as a source of dichotomization of society into two opposing camps: the people and elites. I argue that the South American populism discourse inscribes integration in the popular field, adopting it as a tool that allows simultaneously antagonizing oligarchies and imperialism, actors from whose exclusion results *La patria grande* as a project of a transnational South American or Latin American people. In Europe, on the other hand, the Eurosceptic populist discourse antagonizes regional integration, which it considers a tool of pro-European elites to introduce reforms that threaten the community, and from whose exclusion results a people that coincides with the national space.

Keywords

Populism, antagonism, regional integration, populist regionalism, Latin America, euroscepticism.

Diego Hernández Nilson

Profesor del Programa de Estudios Internacionales de la Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de la República (Uruguay). Coordinador del Observatorio de Política Exterior Uruguaya. Doctor y Máster en Sociología Política por la Universidade Federal de Santa Catarina (UFSC). Diplomado en Estudios Internacionales y licenciado en Antropología por la Universidad de la República. Líneas de investigación: regionalismo latinoamericano, hegemonía internacional, política exterior, integración transfronteriza.

1. Introducción

En el siglo XXI se está viviendo una expansión del populismo a escala mundial, acompañada por una proliferación consecuente y análoga de estudios académicos sobre el tema. Estos, anteriormente relegados al ámbito de la política doméstica, en tiempos recientes también han alcanzado relevancia en el campo de las relaciones internacionales. Desde India hasta Venezuela, pasando por Estados Unidos, Reino Unido, Hungría, Turquía, México o Filipinas, las políticas exteriores de diferentes gobiernos considerados populistas concitan la atención de los internacionalistas y obligan a lidiar con formas disruptivas de relacionamiento internacional.

En el marco de esta evolución reciente del fenómeno populista en el contexto mundial, su proyección sobre las relaciones internacionales y su reflejo en el ámbito académico, el euroescepticismo característico del populismo europeo constituye un caso paradigmático de vínculo entre populismo e integración regional (Mouffe, 2012; Stavrakakis *et al.*, 2017, 2022; Rensmann, 2017; Pirro y Taggart, 2018; Sanahuja, 2019; Rooduijn y Van Kessel, 2019; entre otros). La acometida de estos discursos populistas contra el proceso europeo se alimenta del descontento social provocado por la crisis migratoria de 2015 y, sobre todo, la gran recesión de 2008-2009, considerada a su vez un indicador del colapso de las formas de organización socioeconómica y política imperantes tras la Segunda Guerra Mundial, que a partir de la década de 1980 evolucionaron hacia modelos neoliberales (Mouffe, 2012; Streeck, 2021). La literatura señala una tendencia general a que populismo y euroescepticismo correlacionen o se superpongan, incluso por encima de las variaciones que puedan identificarse entre los diferentes movimientos populistas a raíz de sus diferencias ideológicas o de país (Stavrakakis *et al.*, 2017; Pirro y Taggart, 2018; Rensmann, 2017).

Contrastando con la situación europea, se postula que el populismo sudamericano mantiene un vínculo virtuoso con el regionalismo y la integración regional. El mismo se expresa de diversas formas: en su visión históricamente favorable hacia estas iniciativas regionales; en planteamientos y reflexiones acerca de la integración regional de parte de gobernantes, burócratas e intelectuales asociados a este tipo de movimiento, y, recíprocamente, en el sostén que el regionalismo y la integración han ofrecido para el desarrollo —o al menos la supervivencia— de ideas, políticas y gobiernos con tal perfil político.

El vínculo entre populismo e integración regional en Sudamérica tiene casi un siglo de antigüedad, cuando el peruano Víctor Raúl Haya de la Torre realizaba en 1924 sus planteos primigenios sobre la Unidad Indoamericana, asociada a la Alianza Popular Revolucionaria Americana (Rojas, 2018). Luego se reafirma durante la “edad de oro” del populismo latinoamericano, cuando el entendimiento entre el presidente argentino Juan Domingo Perón y el brasileño Getulio Vargas llevó a proponer un renovado Pacto del ABC (Pacto de No Agresión, Consulta y Arbitraje), con Chile (1953), que eventualmente avanzara hacia la conformación de una Unión Económica Sudamericana o unos Estados Unidos Sudamericanos (Burdman, 2020); a la consolidación de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) como una entidad de carácter permanente (1951), y, asociado a ello, al posterior respaldo al Tra-

tado de Montevideo (1960), que dio lugar a la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio (ALALC) (Furtado, 1997). Posteriormente, en la última década del siglo XX, los denominados “neopopulismos” de Argentina, Brasil y Perú (Weyland, 2003) estuvieron en la base de la fundación del Mercosur (1991) y la reforma de la Comunidad Andina (1996). Finalmente, ya en el siglo XXI, el regionalismo “post-liberal” (Sanahuja, 2012) o “post-hegemónico” (Tussie y Riggiozzi, 2012), caracterizado por la creación de organizaciones como la Alianza Bolivariana de Pueblos de Nuestra América (ALBA), la Unión de Naciones Suramericanas (UNASUR) y la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CELAC), así como por el giro social del Mercosur, es en gran medida resultado de la iniciativa de los gobiernos populistas de Argentina y de los países del denominado Eje Bolivariano.

A pesar de esta notoria trayectoria, la relación entre populismo y regionalismo en Sudamérica ha sido escasamente abordada por estudios disciplinares sistemáticos. Ello puede responder a una visión peyorativa sobre el primer fenómeno que históricamente predomina en buena parte de la academia local, o igualmente al privilegio que esta se confiere a la recepción y adopción de agendas de investigación y puntos de vista provenientes del *mainstream* de las ciencias sociales a nivel mundial, desarrollados en centros académicos de regiones donde el populismo no solía ser una variable de interés para comprender fenómenos internacionales y, en particular, regionales. En este marco, el mencionado auge del populismo, su reflejo en la producción académica en general, y en los estudios sobre integración europea en particular, constituyen una oportunidad para reexaminar el caso sudamericano, con el cual —se sostiene— mantiene enfoques diametralmente opuestos acerca de la integración regional (oportunamente señalados a lo largo del trabajo). A su vez, como fue mencionado, el caso sudamericano comprende determinadas particularidades, resultado de su trayectoria histórica, que se estima resultan de mayor interés para la comprensión teórica del vínculo entre populismo y regionalismo.

El presente trabajo propone retomar la conceptualización de un regionalismo populista sudamericano, formulada en trabajos anteriores (Hernández, 2019, 2021, 2022), ahondando en esta oportunidad en la cuestión del antagonismo como relación política fundamental del populismo. Siguiendo esta línea, en primer lugar se ofrece una exposición histórica sobre las características del vínculo entre populismo e integración en el continente, para luego ensayar una explicación teórica sobre el tema, basada en la teoría del populismo de Ernesto Laclau (2010). La aproximación a la relación entre populismo e integración desde una lógica populista permite profundizar en dos aspectos de interés. En primer lugar, la proyección al nivel internacional, a través de la integración regional, de las relaciones antagónicas que el discurso populista tradicionalmente establece a nivel doméstico (típicamente entre pueblo y élite). En segundo lugar, la inscripción de estas relaciones antagónicas internacionales en un antagonismo mayor entre particularismo/universalismo, para lo cual se incorporan los planteos de Karl Polanyi y Chantal Mouffe sobre regionalismo. De esta manera, se propone sugerir una forma de inscribir la discusión sobre populismo e integración en un debate más amplio sobre la irrupción de discursos antiglobalistas, sustentados en nuevos clivajes políticos entre valores cosmopolitas y nacionalistas, o entre universalismo y particularismo, en disputa con el tradicional clivaje ideológico izquierda/derecha (Sanahuja, 2019; Baldassari, Vezzani *et al.*, 2019).

Paralelamente a que el texto vaya trazando este recorrido, se presentan oportunamente elementos de comparación con el caso europeo, sugiriendo así caminos que explorar para una posible agenda de investigación que aborde en general el vínculo entre populismo e integración desde una perspectiva de regionalismo comparado, basada en la pregunta acerca de por qué los movimientos populistas sudamericanos son favorables a la integración regional, mientras los europeos se muestran adversos.

El estudio se desarrolla, como se ha indicado, desde la perspectiva de la teoría del populismo de Ernesto Laclau (2010) y, en línea con esta, desde un enfoque discursivo de la hegemonía, basado en el concepto

de antagonismo propuesto por este autor junto con Chantal Mouffe (1987). Dicha teoría es un mojón en la superación de las visiones peyorativas sobre el populismo, al dejar de abordarlo como un desvío o aberración de la política democrática, para entenderlo como una “posibilidad distintiva y siempre presente de estructuración de la vida política” (Laclau, 2010: 27-28), con una lógica propia, caracterizada por dinámicas políticas paradójicas y performativas, así como por modalidades simbólicas de identificación inconsciente, que ponen en juego emociones y afectos¹. El populismo es concebido por Laclau como una práctica política basada en la división dicotómica de la sociedad entre pueblo y élite, con base en el antagonismo que se establece entre una sociedad descontenta, cuyas demandas son desoídas por un actor poderoso, al cual se le atribuye la responsabilidad por la situación de insatisfacción. El siguiente pasaje ofrece una definición sintética de esta concepción del populismo:

una estrategia discursiva de construcción de una frontera política que divide a la sociedad en dos campos y convoca a la movilización de “los de abajo” contra aquellos “en el poder”. No es una ideología y no se le puede atribuir un contenido programático específico. Tampoco constituye un régimen político. Es un modo de hacer política que puede asumir diversas formas ideológicas según el marco y el lugar, y que es compatible con una variedad de marcos institucionales (Mouffe, 2018: 24-25, *apud.* Laclau, 2010)².

En este marco, en relación al tema que nos incumbe, la cuestión sería entender qué lleva al populismo sudamericano a situar a la integración regional (considerada como objeto discursivo) en el campo popular integrado por “los de abajo”, contrariamente a lo que sucede en el caso europeo, en el cual la integración es una herramienta de las élites. Una primera respuesta tentativa apunta a que el populismo sudamericano percibe la integración como una demanda que antagoniza con los actores poderosos que amenazan a la comunidad (oligarquía agroexportadora y golpista, intereses imperialistas), y que es reivindicada para defender aspectos asociados al pueblo y su voluntad colectiva (soberanía, interés nacional, desarrollo, democracia sustantiva, identidad cultural). La otra alternativa, predominante en Europa, es que la integración sea considerada por el discurso populista como una herramienta de las élites (centristas, cosmopolitas y/o neoliberales) para promover amenazas a la identidad del pueblo (precarización laboral, ajuste fiscal, ideología de género, inmigración, etc.), en cuyo caso será un elemento a intentar excluir, posicionándolo en el campo antagonico. Yendo un poco más allá, al proyectar esta cuestión sobre el antagonismo particularismo/universalismo, aquellos aspectos particulares defendidos por el regionalismo sudamericano se perciben históricamente amenazados por tendencias universalistas (cosmopolitismo, internacionalismo socialista, liberalismo, neoliberalismo). Esto supone una diferencia radical con el caso del populismo euroescéptico, que percibe la integración como una herramienta para la implementación de estas tendencias universalistas (Mouffe, 2012, 2018; Streeck, 2021).

Por supuesto, la explicación propuesta no pretende arribar a ningún tipo de conclusión o parecer sobre la adecuación fáctica, la conveniencia política o las implicaciones ideológicas del discurso populista en relación a la integración, pues “La tarea no consiste tanto en comparar sistemas de ideas en cuanto ideas, sino explorar sus dimensiones performativas” (Laclau, 2010: 28). Siguiendo esta lógica, tanto para el análisis del caso sudamericano como para la mirada comparativa que se proyecte sobre el europeo, el objetivo del texto es contribuir a una mejor comprensión acerca de cómo la integración regional es entendida por

¹ Esta caracterización es opuesta a los enfoques tradicionales de la ciencia política, cuyo esfuerzo “parece apuntar a separar lo que es racional y conceptualmente aprehensible en la acción política de su opuesto dicotómico: un populismo concebido como irracional e indefinible” (Laclau, 2010: 31). La distinción entre estos dos tipos de abordaje radica en diferentes aproximaciones a lo social: una asentada en el individualismo metodológico y otra centrada en la constitución de sujetos colectivos y subjetividades políticas, abordada desde un enfoque discursivo, relacional y posfundacional.

² En este sentido, no sería un fenómeno específico de una época o región. Tampoco una ideología, como plantean Mudde y Kaltwasser Rovira (2011), ni una etapa de transición acelerada hacia la modernidad, según la interpretación “neobismarckiana” de Jaguaribe (1968). Mucho menos una forma de dominación premoderna, como sugieren algunos enfoques weberianos.

el populismo según la lógica antagónica estructurante de su discurso, y no determinar la adecuación de este discurso a una realidad sociológica “exterior” y “objetiva”.

Igualmente, sí se espera que el texto constituya un aporte para explorar la idea de que la experiencia de los movimientos nacional-populares latinoamericanos puede ofrecer un ámbito de aprendizaje que enriquezca las perspectivas de los movimientos populistas europeos (Errejón, 2019). De esta forma, se trasladada al debate sobre la relación entre populismo e integración regional la necesidad de profundizar en la concepción de un populismo europeo de izquierda que enfrente el reciente auge de un populismo de derecha, puesto que en el largo plazo este difícilmente puede ser conjurado por un centrismo cuya capacidad política frecuentemente queda reducida a la administración “postdemocrática” o “postpolítica” del neoliberalismo³. Esto se plantea sin perjuicio de las evidentes dificultades que en Sudamérica acarrea el predominio de una integración de influjo populista (por ejemplo, salvaguarda extrema del interés nacional, ausencia de supranacionalidad, excesos retóricos, proteccionismo, débil institucionalidad, preferencia por soluciones *ad hoc*). En resumen, se confía que el argumento planteado introduzca aspectos valiosos, que contribuyan a abordar la relación entre populismo e integración regional desde una comprensión de la propia lógica política populista.

2. El regionalismo populista sudamericano

Latinoamérica posiblemente sea la región del mundo donde el populismo tuvo sus expresiones prototípicas durante la mayor parte del siglo XX, e incluso hasta pasada la primera década del XXI. La primera aproximación del populismo a la integración corresponde al planteo de Haya de la Torre sobre una Unión Indoamericana, asociada al APRA, basada en el antiimperialismo frente a EE.UU., la nacionalización de tierras e industrias, y la solidaridad de los pueblos y clases oprimidas del mundo. La visión de lo nacional-popular de Haya es influenciada por su exilio en el México postrevolucionario (frecuentemente señalado como la primera experiencia populista en la región), así como por la visión de Sun Yat-sen y la experiencia del Kuomintang sobre los movimientos de masas (Rojas, 2018). Sus ideas “tuvieron una recepción entusiasta en un campo intelectual iberoamericano, ávido de alternativas de integración continental frente al panamericanismo estadounidense” (Rojas, 2018: 47). El componente telúrico del populismo de Haya está presente en su propuesta de unidad regional a través de la categoría de Indoamérica, postulada como superación dialéctica de las categorías América Latina e Hispanoamérica (Rojas, 2018: 55). Estas, de uso más extendido, remiten al vínculo con la metrópoli. Además, su antiimperialismo combina posiciones marxistas e hispanistas, que convergen en sus respectivas suspicacias hacia el imperialismo yanqui y el utilitarismo anglosajón, articulación que en adelante será una marca identitaria del populismo latinoamericano.

A partir de entonces, es posible identificar tres oleadas de gobiernos populistas, en el marco de cada una de las cuales tienen lugar sendos impulsos regionalistas (Hernández, 2019), coincidiendo con el final de la política estadounidense de Buena Vecindad. La primera corresponde a la “edad de oro” del populismo latinoamericano (1930-1964). La crisis de 1929 había mostrado los límites del modelo primario exportador de “crecimiento hacia afuera”, hasta entonces sostenido por las élites gobernantes asociadas al sector terrateniente. Durante las siguientes décadas, gobiernos populistas dirigen a Argentina, Brasil y México durante diversos periodos y se inicia una acelerada modernización orientada desde el Estado, que incluye la industrialización por sustitución de importaciones (ISI), la nacionalización de sectores es-

³ En otro texto, la autora explica que “Sin una profunda transformación de la forma en que se concibe la política democrática, ni un serio intento de abordar la cuestión de la falta de formas de identificación capaces de permitir una movilización democrática de las pasiones, el reto que plantean los partidos populistas de derechas seguirá existiendo” (Mouffe, 2010: 16).

tratégicos de la economía, la reivindicación de una identidad nacional mestiza o multicultural, el crecimiento de la clase media asociado a la expansión urbana, la ampliación de derechos (expansión del sufragio, educación pública, sistemas de protección social y control de precios) y el pasaje de una democracia aristocrática a una de masas, manteniendo igualmente prácticas autoritarias que ya caracterizaban a la región, pero ahora asociadas a mecanismos de democracia plebiscitaria. Estos gobiernos nacional-populares cuentan con el apoyo de amplios sectores sociales y de al menos una parte de la Iglesia católica y de los ejércitos nacionales, así como con la imprescindible permisividad estadounidense, al menos hasta 1945, en el marco de la política del buen vecino (1932-1945).

A partir de la década de 1950 el populismo clásico sudamericano comienza a mostrar su vocación regionalista. Un primer ejemplo es la propuesta de Juan Domingo Perón de un nuevo entendimiento ABC con Brasil y con Chile, divulgado en su famoso discurso “Unidos o dominados” en la Escuela Superior de Guerra (1953), y que se esperaba diera lugar a la conformación de unos “Estados Unidos de Sudamérica”. Esta propuesta, que suscita el interés de Getulio Vargas, pero choca con la resistencia de las élites políticas, militares y burocráticas de ambos países (en especial, del servicio exterior brasileño), buscaba “la unidad defensiva de los pueblos con problemas comunes” y en esa línea representa el “descubrimiento de los límites de la política exterior de los Estados-nación, y su efecto en la concepción de una geopolítica de los pueblos” (Burdman, 2020: 196). Otro ejemplo de la influencia populista sobre los procesos regionales del periodo es la consolidación de la CEPAL como comisión permanente (1951). Según los relatos de testigos de la época, el entendimiento entre los gobiernos de Perón y Vargas fue determinante para superar la oposición diplomática de Estados Unidos, que pretendía mantener la discusión sobre el desarrollo latinoamericano en la esfera del naciente sistema interamericano (Furtado, 1997: 212 y ss.). Finalmente, en 1960 es suscrito el Tratado de Montevideo (1960), que da lugar a la ALALC, el primer acuerdo ambicioso de integración comercial en la región, basado justamente en una propuesta formulada desde la CEPAL. Si bien aquí el impulso principal puede encontrarse en la tradición desarrollista latinoamericana, en su negociación y concreción también desempeñaron un rol importante políticos, burócratas e intelectuales asociados al movimiento populista (Wasserman, 2010).

La preocupación por buscar soluciones regionales a las limitaciones de escala que afrontaba el modelo ISI está presente en las tres propuestas, a través de la unión económica y la integración industrial (ABC), la indagación intelectual y técnica en clave desarrollista (CEPAL), y la economía de escala (ALALC). En los tres casos, se trataba además de superar las resistencias a la ISI ejercidas por las élites agroexportadoras y EE.UU., cuyos intereses convergentes se veían afectados por este modelo de desarrollo. En el caso del ABC, a ello se agrega además la respuesta a las presiones políticas que los gobiernos populistas estaban recibiendo de Estados Unidos, así como a las intenciones golpistas de sectores oligárquicos asociados a la política, el ejército y la prensa.

Estas tres propuestas de integración o concertación regional resultan, en todos los casos, de la búsqueda de fortalecimiento de la soberanía política y económica que ofrezca alternativas o resguardos frente al poder político y económico de las élites nacionales (oligarquías golpistas y terratenientes agroexportadores), asociadas a la influencia política y económica del imperialismo (intervencionista y promotor de un patrón de comercio primario exportador). Adelantando parte del argumento del texto, si desde la teoría populista se ha planteado para esta “edad de oro” del populismo en la región que “La élite terrateniente y los intereses extranjeros representaron al enemigo del pueblo en el populismo clásico latinoamericano” (Panizza, 2009: 32), las propuestas de integración y concertación que surgen en esta época ya muestran cómo el antagonismo respecto a estos dos actores es proyectado hacia el ámbito regional.

La experiencia de esta primera oleada populista influye en varios de los intelectuales que comienzan a promover y teorizar la integración al comenzar la segunda mitad del siglo XX. Por un lado, autores vin-

culados al revisionismo histórico, movimiento intelectual en torno al cual convergen nacionalistas (cristianos, conservadores, hispanistas) y marxistas (incluyendo trotskistas y maoístas), que desde una lectura antisarmientina interpretan el populismo como una herencia del federalismo del siglo XIX y defienden la integración como una (re)construcción de una nación latinoamericana (negada esta por las “oligarquías portuarias” que, asociadas al imperialismo inglés, forzaron la fragmentación de la región en muchas repúblicas menores tras las revoluciones independentistas). En este grupo es posible incluir a Juan José Hernández Arregui, Alberto Methol Ferré, Alberto Moniz Bandeira, Darcy Ribeiro, Arturo Jauretche y Abelardo Ramos (este último, muy cercano al propio Laclau).

Por otro lado, en esta época, la experiencia política populista y su visión sobre la integración comienzan a influenciar a quienes en las décadas siguientes serán los grandes teóricos de la autonomía: Helio Jaguaribe y Juan Carlos Puig⁴. Al respecto, se ha señalado que “Puig tiene una obvia conexión con los gobiernos de Juan Domingo Perón (1946-1955) y Getulio Vargas (1930-1945 y 1951-1954), enfatizando el aporte del ‘populismo’ como defensor de la idea nacional, necesaria para sustentar la autonomía” (Rivarola, 2014: 76). Estos autores valoran el sentido geopolítico de la integración regional, en cuanto oportunidad para generar autonomía en el sistema internacional mediante el desarrollo industrial.

La segunda oleada de populismo tiene lugar en la década de 1990, cuando los gobiernos “neopopulistas” surgen como actores fundamentales del denominado Nuevo Regionalismo Latinoamericano. Fernando Collor de Melo en Brasil y Carlos Saúl Menem en Argentina son los principales actores en la fundación del Mercosur, así como Alberto Fujimori es clave en la renovación de la Comunidad Andina de Naciones (CAN) a través del Sistema Andino de Integración y la adhesión de Perú a la Zona Andina de Libre Comercio. Los gobiernos populistas de este periodo se caracterizan por la adopción de principios neoliberales, por lo que presentan diferencias notorias con el ciclo populista anterior, aunque también mantienen algunas semejanzas estructurales en su política populista (Weyland, 2003; Barros, 2009).

Las reformas estructurales implementadas incluyen la apertura comercial, a la vez que hay un acercamiento a EE.UU. en el plano internacional, en disonancia con el ciclo anterior. Sin embargo, al analizar los cambios en el contexto de época y en clave comparada, es posible observar cómo la CAN y sobre todo el Mercosur permitieron a estos países mantener cierto grado de control nacional sobre sus economías (Ferrer, 2007), a diferencia de lo que sucedió en otros países latinoamericanos con los que compartían tendencias previas de tipo desarrollista (Chile y México son los ejemplos más evidentes). El caso más interesante sin duda es el Mercosur (a pesar de ser usualmente caracterizado, en esta primera etapa como un acuerdo neoliberal, comercialista, etc.), pues no solo desarrolló una apertura bastante restrictiva, sino que también fue un ámbito de fortalecimiento de las posiciones conjuntas en el marco de las negociaciones comerciales que EE.UU. impulsaba con los países latinoamericanos (Jaguaribe, 1998, 2003). Por otra parte, a estos argumentos económicos, en el plano político puede agregarse la importancia del bloque en esta primera etapa para la consolidación de las democracias en la región (Gardini, 2010; Malamud, 2013), que permite superar definitivamente el largo ciclo de dictaduras del Cono Sur (1964-1990), uno de cuyos orígenes está en la oposición de la oligarquía y el imperialismo a los gobiernos del anterior periodo populista. De esta forma, si bien en la creación del Mercosur ciertamente no se percibe ningún espíritu antiimperialista, sí está presente el objetivo de apoyarse en la integración para defender el interés nacional, incluyendo la protección del desarrollo industrial, y para alcanzar esferas de autonomía en el sistema internacional.

En el plano intelectual, en esta época se destaca la profundización de las interpretaciones autonomistas de las iniciativas de integración impulsadas por el neopopulismo, ofreciendo “una lectura realista y sis-

⁴ Puig fue canciller argentino del breve gobierno peronista de Héctor Cámpora, en 1973.

témica, que entendía al Mercosur como actor de la construcción de autonomía y desarrollo autocentrado, a fin de que pudiera contribuir a generar un nuevo equilibrio de poder asociado a un sistema multipolar que enfrentara amenazas sistémicas (globalización y neoliberalismo) y subsistémicas (ALCA)” (Caetano y Hernández, 2021: 28). En este sentido, vale señalar que emerge aquí una ambigüedad característica del tipo de integración impulsado por el populismo, que queda supeditada al interés nacional por sobre cualquier pretensión de supranacionalidad. Ferrer explica que “La integración es útil en cuanto instrumento de los países para impulsar su desarrollo nacional y fortalecer su posición en el escenario global” (2007: 190). Por su parte, Jaguaribe destaca que “Hay posibilidades de que a partir del eje Argentina-Brasil se forme un sistema sudamericano alrededor del Mercosur, que tenga un protagonismo moderadamente autónomo [en el sistema internacional]. Un sistema de desarrollo autosustentable y de satisfactorio margen de autonomía” (2003: 20), en una interpretación que evoca al proyecto del ABC de Perón, tanto en lo geográfico (proyectándose desde su núcleo argentino-brasileño hasta su horizonte sudamericano), como también en su vocación desarrollista y su finalidad autonomista.

Por último, ya en el siglo XXI, la tercera oleada populista asociada al giro a la izquierda latinoamericano es el actor fundamental del denominado regionalismo postliberal (Sanahuja, 2012) o posthegemónico (Tussie y Riggiozzi, 2012)⁵. En este periodo son creados nuevos bloques de integración o concertación regional, como la UNASUR y el ALBA, los cuales tuvieron a Hugo Chávez y los gobiernos del eje bolivariano como actores relevantes, a los que se le sumaron otros movimientos y gobiernos populistas. El bolivarianismo sustentó “una visión del regionalismo sudamericano en función de su contraposición o confrontación con la hegemonía estadounidense en la región” (Serbin, 2011: 219).

La vocación regionalista del populismo sudamericano se extiende en el siglo XXI a nuevas áreas de actividad, como ser el establecimiento de vínculos estables y acuerdos de comercio entre empresas estatales, o la cooperación en áreas de política social, lo cual supone una reacción regional a las políticas neoliberales. El Mercosur adopta nuevos sentidos, que abarcan las dimensiones política y social. También se desarrollan acciones conjuntas en el campo de la seguridad y la defensa, como la constitución de Sudamérica como un área de paz, la creación del Consejo Sudamericano de Defensa, la exploración de sistemas de intercambio de información sobre gastos armamentísticos y los intentos por limitar la presencia militar de EE.UU. en Colombia. Por último, la protección de la democracia también es redimensionada en el ámbito sudamericano, con la concertación de acciones regionales ante determinados quiebres o amenazas al Estado de derecho, así como la reivindicación de “una diversidad de democracias”, frente a la intención de restringirla a su versión procedimental en el marco del Sistema Interamericano. Así, por ejemplo, en una cumbre de la UNASUR, el presidente brasileño Luiz Inácio “Lula” da Silva se expresaba de la siguiente forma frente a las críticas a las prácticas de democracia participativa y plebiscitaria que se desarrollaban en algunos países del eje bolivariano:

A América do Sul é hoje uma região de paz, onde floresce a democracia. Todos os seus governantes foram eleitos em pleitos democráticos e com ampla participação popular. A instabilidade que alguns pretendem ver em nosso continente é sinal de vida, especialmente da vida política. Não há democracia sem povo nas ruas, sem confronto de ideias e de propostas. Tampouco há democracias sem regras e sem diálogo (Lula da Silva, 2008).

En relación a la reflexión intelectual sobre el regionalismo, este periodo se destaca por la renovada identificación de pensadores de una diversidad de tendencias con la visión de la integración promovida por este ciclo populista. Entre muchos otros ejemplos, vale citar a comunistas que venían de una larga trayectoria de desconfianza hacia el populismo, como Marta Harnecker; indigenistas, como Álvaro García

⁵ En este marco, la situación de Bolsonaro podría ser un *outlier* a considerar, aunque la literatura cuestiona que sea un caso de populismo, o, al menos, no es un típico caso de populismo sudamericano, como ya fue comentado.

Linera; cristianos de tradición basista, como Orlando Fals Borda, o nacionalistas panhispanistas, como Marcelo Gullo. A su vez, en este marco se da una revaloración de la Teoría de la Autonomía, desde la cual se ofrece una renovada interpretación del largo vínculo entre populismo e integración:

en el siglo XX los pueblos de la región comenzaron a desplazar a los grupos oligárquicos, en un proceso con avances y retrocesos, y se esbozaron los primeros rasgos de una autonomía práctica. Esto comenzó a manifestarse ya en las primeras décadas del siglo XX, cuando surgieron movimientos nacional-populares que, aunque pudieran asumir narrativas o discursos diversos (nacionalismo latinoamericano, indoamericanismo, antiimperialismo), convergían en una acción política con claros rasgos de autonomía práctica. [...] Así, integración regional y búsqueda de la autonomía han estado estrechamente relacionadas en las experiencias históricas de los países latinoamericanos (Briceño Ruiz y Simonoff, 2014: 16).

Esta última referencia permite cerrar el recorrido histórico sobre el vínculo entre populismo e integración en Sudamérica, avalando el postulado inicial sobre una relación virtuosa entre ambos fenómenos en esta región. A su vez, junto con la fundamentación de esta premisa, ha sido posible observar cómo el interés populista por la integración se asocia a la posibilidad de proyectar al espacio regional la construcción política populista basada en el mencionado antagonismo hacia un bloque conformado por la oligarquía y el imperialismo. En relación a esto último, la anterior presentación del tema permite anticipar una vuelta de tuerca sobre el planteo inicial (retomada más adelante): tal vez no se trata solo de que el populismo sudamericano tenga una visión favorable hacia la integración (a diferencia del europeo), sino también de que el tipo de integración que se ha forjado en la región es, en parte, producto del populismo (o, al menos, está sumamente influenciada por este en sus desarrollos políticos e intelectuales).

La categoría “regionalismo populista” (Hernández, 2019; 2020; 2022) visa justamente a expresar esta cuestión, adoptando la perspectiva de la teoría populista de Laclau. El rol histórico del populismo en la constitución de una tradición particular de política y pensamiento regionalistas se expresa en muchos de los atributos definitorios de los procesos de integración sudamericanos, que presentan características de una política populista: excesos retóricos, primacía del interés nacional, indefinición institucional, resolución de problemas mediante la aplicación de soluciones políticas *ad hoc*, indeterminación, vaguedad, etc. En trabajos anteriores, este enfoque ha sido aplicado, por ejemplo, para caracterizar al Mercosur como

un híbrido resultante de la articulación a través de una práctica política populista de opciones que a priori resultan lógicamente inconmensurables: reformas estructurales y proteccionismo (sobre todo de sectores industriales y públicos); unión aduanera (con sus lógicos requerimientos de supranacionalidad) y organización institucional intergubernamental (incluso interpresidencial); búsqueda de una economía de escala y salvaguarda del desarrollo nacional autocentrado; y, finalmente, utopía patriagranda y primacía del interés nacional (Hernández, 2022: 90).

A continuación, se propone ahondar en esta conceptualización de un regionalismo populista sudamericano a través de la categoría central de la teoría populista: el antagonismo. Avanzar en este planteo, no obstante, conlleva el desafío de una comprensión cabal de un concepto de filosofía política de gran complejidad.

3. Una comprensión populista de la cuestión: la integración regional en el marco del antagonismo

Abordar la relación entre populismo e integración desde la teoría del populismo de Laclau implica analizar qué lleva al populismo a inscribir a la integración regional en uno u otro de los dos campos antagó-

nicos en los que dichos movimientos dividen dicotómicamente a la sociedad, en el caso sudamericano, en el campo popular. Retomando la explicación adelantada en la introducción, en el marco de una ruptura populista, el antagonismo determina la división del espacio social en dos campos irreconciliables: el pueblo, que plantea demandas, y un actor poderoso e insensible, al que se le atribuye la responsabilidad por la insatisfacción de aquellas (típicamente, las élites). Pero antes de avanzar en el apartado siguiente en la emergencia de estos dos campos, es necesario profundizar primero en la comprensión del antagonismo como concepto fundamental de esta teoría⁶.

La relación antagónica es de tipo traumático, puesto que la insatisfacción de las demandas sociales es percibida como una amenaza a la identidad de la comunidad, que puede conllevar a la negación de su existencia. El origen de este trauma está en un evento disruptivo que rompe un orden social y simbólico preexistente: “La noción de un antagonismo constitutivo, de una frontera radical requiere, [...], un espacio *fracturado*” (Laclau, 2010: 112). Este espacio fracturado es caracterizado por “una acumulación de demandas insatisfechas y una creciente incapacidad del sistema institucional para absorberlas [...]. El resultado fácilmente podría ser [...], el surgimiento de un abismo cada vez mayor que separe al sistema institucional de la población” (Laclau, 2010: 98-99).

En la historia sudamericana, las crisis de 1929, la “década pérdida” de 1980 y del neoliberalismo (1994-2002) son eventos traumáticos, destructores del entramado social, que dieron lugar a un auge de demandas (empleo, acceso a bienes de consumo, desarrollo, estabilidad macroeconómica, superación de la pobreza, cobertura social, democracia), parcialmente atendidas (o no) por sendas oleadas de gobiernos populistas que les siguieron. En el caso europeo sucede algo similar con la crisis de la gran recesión de 2008-2009 y la crisis migratoria de 2015: son eventos traumáticos, que explicitan las limitaciones del consenso neoliberal cosmopolita (Mouffe, 2018), al mismo tiempo que generan en la sociedad un sentimiento de amenaza y descontento, el cual se refleja en un auge de demandas (insatisfechas) por empleo, igualdad, cobertura social, seguridad o reafirmación de la identidad y los valores nacionales. Hasta aquí las rupturas populistas en una y otra región mantienen total semejanza, sin perjuicio de la profundidad histórica que asumen en el primer caso.

El carácter traumático de la relación antagónica, asociada a estos acontecimientos de fractura social, acentúa un sentimiento de falta, que es constitutivo del sujeto (en un sentido lacaniano), en este caso del pueblo: “Una primera dimensión de la fractura es que, en su raíz, se da la experiencia de una falta, una brecha que ha surgido en la continuidad armoniosa de lo social. Hay una plenitud de la comunidad que está ausente” (Laclau, 2010: 112). En el fondo, para este enfoque, la plenitud de la comunidad es un imposible ontológico, que solo existe en el pasado mítico (idea retomada más adelante). Tal imposibilidad resulta de una negatividad radical, que no puede ser erradicada (ni absorbida, ni superada dialécticamente): una estructura social dislocada, en la que la heterogeneidad imposibilita una reconciliación total de la sociedad consigo misma (su consolidación como totalidad social), así como un orden simbólico que logre representar certeramente esta realidad fallida⁷. En momentos de estabilidad, la estructura parece

⁶ La noción de antagonismo surge como alternativa “postmarxista” a los conceptos de contradicción y oposición del marxismo clásico: “[...] en el caso del antagonismo nos encontramos con una situación diferente: la presencia del ‘Otro’ me impide ser totalmente yo mismo. La relación no surge de identidades plenas, sino de la imposibilidad de constitución de las mismas. La presencia del Otro no es una imposibilidad lógica, ya que existe —es decir, no es una contradicción [...]. La oposición real es una relación objetiva —es decir, precisable, definible, entre otras cosas—; la contradicción es una relación igualmente definible entre conceptos; el antagonismo constituye los límites de toda objetividad —que se revela como objetivación, parcial y precaria—” (Laclau y Mouffe, 1987: 145). Sin perjuicio de las diferencias de enfoque, la emergencia del pueblo como una articulación en el marco de un antagonismo remite a la articulación que Antonio Gramsci plantea entre obreros del norte y campesinos del sur de Italia, que compartían su situación de agraviados frente a un mismo poder insensible.

⁷ La noción postestructuralista de exterior constitutivo está en la base de las nociones de antagonismo, estructura dislocada y hete-

ser suturada (aunque en forma precaria, parcial y contingente; o sea, no plena) y es resuelta a través de un consenso hegemónico que ofrece un marco de sentido (por ejemplo, a través del clivaje izquierda/derecha en el consenso democrático liberal, o del clivaje civilización/barbarie en el discurso sarmientino). Pero la naturaleza dislocada de la estructura social es puesta de relieve en el espacio fracturado de la crisis, que muestra los límites del consenso, y entonces encarnada (parcialmente) por la proliferación de antagonismos, de los que eventualmente uno prepondera en la ruptura populista.

Entonces, en un contexto de crisis y ruptura, el discurso populista sutura la falta a través del establecimiento de un antagonismo, señalando a un responsable por esta situación: “esta experiencia inicial no es solo una experiencia de falta. La falta, como hemos visto, está vinculada a una demanda no satisfecha. Pero esto implica introducir en el cuadro la instancia que no ha satisfecho la demanda. Una demanda siempre está dirigida a alguien” (Laclau, 2010: 112). El antagonismo resuelve y ordena a través de la simbolización la imposibilidad de representación cabal de la realidad: “La identificación de un enemigo neutraliza la negatividad de la falla, la positiviza. Por eso el antagonismo forma parte del orden simbólico-imaginario, de la ‘realidad’” (París, 2019: 64)⁸. En este sentido, el antagonismo también es definido como “un núcleo traumático alrededor del cual se estructura el orden (campo social simbólico), vale decir, lo social” (Biglieri y Perelló, 2012: 42).

En Sudamérica, como fue mencionado, el antagonismo es tradicionalmente establecido frente a la oligarquía e intereses extranjeros asociados al imperialismo (Panizza, 2009), a quienes se atribuye la insatisfacción de las demandas antes mencionadas, que se acentúan y multiplican en momentos de crisis. La oligarquía terrateniente y las multinacionales controlan los recursos y el comercio exterior, manteniendo la economía primarizada e informal (contrariando las demandas por empleo y desarrollo); mientras, la oligarquía gobernante (con participación en la prensa y las fuerzas armadas), asociada al imperialismo político, practica el intervencionismo, la conspiración y el golpismo (contrariando las demandas por democracia y soberanía), a la vez que alinea a los países con los intereses internacionales de las potencias (contrariando la demanda por autonomía). En esta configuración antagónica, al retomar el vínculo histórico entre regionalismo y populismo anteriormente presentado, se percibe cómo la integración se erige como un elemento que contribuye a la satisfacción de algunas de las demandas populares (frente a las que estos actores antagónicos se muestran insensibles): desarrollo, empleo, superación de la pobreza, cobertura social, democracia.

En Europa, la insatisfacción de las demandas antes mencionadas es atribuida a las élites centristas, que a través de la integración regional constituyen un campo antagónico más amplio. Para el discurso populista europeo, la UE articula a estas élites con las amenazas representadas por otros actores antagónicos, como el euro (que quita poder adquisitivo y fuerza al ajuste); la burocracia europea (que genera ajuste fiscal y constriñe la soberanía popular); los inmigrantes (que amenazan el empleo, la seguridad ciudadana, los sistemas de protección social y la identidad nacional), y el capitalismo global (que a través de la desterritorialización del capital amenaza la industria, precariza el empleo y refuerza el ajuste). A su vez, la UE permite a las élites domésticas imponer un modelo económico neoliberal y una ideología cosmopolita, contrariando la demanda por soberanía popular.

rogeidad como modelos teóricos de constitución de identidades. La misma es definida como el “reconocimiento de ‘un otro exterior’ erigido como fundamento y requisito para la afirmación de toda identidad política colectiva y a la imposibilidad de cualquier forma de autoconstitución de aquélla, construida siempre como correlato de una diferencia” (Suárez González de Araujo, 2008: 139).

⁸ Por supuesto, esta relación antagónica es eminentemente subjetiva. No se fundamenta en una evaluación objetiva de la situación que genera el descontento ni de la responsabilidad que el antagonista tiene al respecto (objetividad imposible, por otra parte, dado el enfoque asumido). A partir de la posición subjetiva que el pueblo asume en la relación antagónica, el antagonismo genera “prácticas de objetivación” del espacio social, de la situación y del accionar del poderoso actor antagónico, adoptando eventualmente un punto de vista político y asumiendo así el estatus de una subjetividad política.

De este modo, las perspectivas opuestas que mantienen los populismos europeo y sudamericano acerca de la integración resultan, en principio, de cómo se percibe que aquella se inscribe en el antagonismo frente a las élites: como un elemento utilizado para agraviar a la comunidad, o un medio para satisfacer las demandas. El populismo europeo le atribuye a la integración una responsabilidad importante en la insatisfacción de las demandas y las amenazas a la comunidad asociadas a las crisis recientes. En Sudamérica, en cambio, la integración regional no figura en este campo antagónico como un elemento responsable de los problemas, sino como parte de la solución, del lado del campo popular.

4. El establecimiento de la frontera, la exclusión de las élites y la construcción del pueblo

La inscripción diametralmente opuesta que los populismos europeo y sudamericano hacen de la integración regional en la relación antagónica (ora como herramienta de la élite, ora como herramienta del pueblo) naturalmente redundan en diferencias en la dicotomización del espacio social. Sin embargo, antes de avanzar en la cuestión, corresponde hacer una breve digresión metodológica. Hasta ahora la integración ha sido abordada como un elemento discursivo más de la disputa política, ubicado a un lado u otro de la frontera dicotómica que divide a la sociedad a partir del establecimiento de un antagonismo. Esto responde a que la teoría del populismo de Laclau es concebida para la política doméstica, por lo que solo prevé “la formación de una frontera *interna* antagónica separando el ‘pueblo’ del poder” (Laclau, 2010: 99) [cursiva nuestra]. O sea, la frontera discursiva en principio es concebida al interior de una sociedad nacional o de un Estado-nación.

Ahora bien, ¿cómo se comporta el antagonismo en las relaciones internacionales?⁹ En este marco, en su condición de práctica de relacionamiento externo, la integración tiene una especificidad fundamental: no solo atañe al antagonismo en el espacio doméstico, sino que necesariamente también se posiciona en relación a actores externos. En principio piénsese en actores poderosos con los que antagonizar, como la United Fruit o el Banco Central Europeo; pero, como es expuesto a continuación, eventualmente también pueden considerarse actores populares ubicados allende la frontera geopolítica de un Estado, admitiendo así la posibilidad de un populismo que constituya un pueblo transnacional. La inscripción de la integración en el campo antagónico por parte del populismo europeo redundan en una reivindicación de la frontera geopolítica del estado nacional, sobre la que se traza la frontera discursiva derivada del antagonismo. En una lógica opuesta, al inscribir la integración en el campo popular, el populismo sudamericano ubica la frontera discursiva sobre la frontera geopolítica que separa la región y el exterior (donde ubica al imperialismo).

Esta cuestión se presenta como relevante, a la vista de las consecuentes características que asumen la emergencia del pueblo y la exclusión del actor antagónico al conjugar el trazado de fronteras discursivas que dicotomiza el espacio social con fronteras espaciales, de expresión geográfica. Según el planteo original de Laclau:

nos enfrentamos desde el comienzo con una división dicotómica entre demandas sociales insatisfechas, por un lado, y un poder insensible a ellas, por el otro. Aquí comenzamos a comprender por qué la *plebs* se percibe a sí misma como el *populus*, la parte como el todo: como la plenitud de

⁹ David Campbell (1990; 1992) fue el primer internacionalista en reflexionar acerca de cómo el antagonismo, (y la noción de exterior constitutivo en la que aquel se inscribe) operan en la constitución relacional de identidades políticas internacionales (en particular, en la constitución de la identidad internacional estadounidense en relación a amenazas externas). Su planteo abreva las ideas desarrolladas a continuación sobre el cruce entre frontera discursiva y fronteras geográficas.

la comunidad es precisamente el reverso imaginario de una situación vivida como *ser deficiente*, aquellos responsables de esta situación no pueden ser una parte legítima de la comunidad; la brecha con ellos es insalvable (Laclau, 2010: 112-113).

En Sudamérica, la experiencia traumática del intervencionismo y la dependencia determinan que la frontera discursiva que divide al espacio social entre pueblo y élites tenga un correlato en una frontera geopolítica frente al imperialismo (en particular, el estadounidense), de la cual resulta la exclusión de las élites, relegadas en su rol de clase dominante a la sumisión al imperialismo. Ejemplo de ello es la denominación de estas élites con los términos “cipayo” y “vendepatria”, tan caros al populismo argentino¹⁰.

En este contexto, la integración regional es una práctica que permite la exclusión conjunta de estos dos actores antagónicos. En la época del populismo clásico, por ejemplo, la concertación regional es la vía para enfrentar la doble amenaza que para los gobiernos nacional-populares suponía el vínculo entre imperialismo y oligarquía. El planteo de un nuevo ABC es una respuesta a las presiones y el intervencionismo estadounidenses, y las intentonas golpistas de parte de la oligarquía; mientras, la propuesta de integración comercial es una alternativa ante las limitaciones de escala del modelo ISI, que busca mantener el proceso industrializador a través de un acuerdo de libre comercio que excluye a Estados Unidos y relega a la oligarquía agroexportadora a un lugar secundario en la economía nacional. De esta forma, a nivel económico, el comercio de productos industrializados y con valor agregado entre los países de la región, excluye de la economía (o en todo caso relega) a los terratenientes —cuya participación se centra en los productos primarios— así como a los países desarrollados, con los que se mantiene un patrón de comercio en el que predomina el intercambio de materias primas por productos manufacturados. A nivel político, la concertación regional permite desarrollar democracias que se apoyen mutuamente frente a la concertación entre oligarquías golpistas e imperialismo intervencionista.

Esta exclusión conjunta de las élites y el imperialismo a través de la integración regional tiene como reverso la emergencia de un pueblo sudamericano (o latinoamericano). El pueblo, como sujeto político, no es desde esta perspectiva una entidad sustantiva preexistente. Por el contrario, está relacionalmente constituido en el marco de la ruptura populista, como un sujeto político unificado (una identidad política), resultante a partir de la articulación de una heterogeneidad de posiciones particulares de sujeto (o, en términos discursivos, de demandas insatisfechas), que mantienen entre sí una relación de equivalencia con respecto al insensible poder antagónico, y eventualmente son condensadas simbólicamente en torno a un nombre (“significante vacío”). El pueblo sudamericano (soberano, desarrollado, democrático e integrado) tiene dos realizaciones posibles.

La primera, es la integración de los países, considerados como particularidades o posicionalidades a articular a partir de la relación “de equivalencia” que mantienen en su antagonismo común frente a las oligarquías domésticas y el imperialismo (lo cual, en términos de la teoría del populismo, supone el establecimiento de una cadena equivalencial). Esto puede ser ejemplificado a partir del siguiente pasaje de un discurso de Hugo Chávez (realizado en el marco de la intentona independentista de las provincias del noreste boliviano, apoyada por el embajador de EE.UU. en La Paz):

lo que quieren es partir a Bolivia siguiendo indicaciones, y siguiendo y jugando su papel en el nefasto plan imperialista. [...], es el imperio desesperado buscando retomar el control como lo tuvieron en Bolivia durante mucho tiempo, ha llegado Evo y nacionalizó la actividad energética en Bolivia como nosotros aquí en Venezuela. Yo le he comentado a unos buenos amigos en Suramérica, al presidente

¹⁰ Otro ejemplo es la consigna “Braden o Perón”, que utilizó el presidente argentino en la campaña electoral de 1946, dando a entender así que el rival con el que se estaba compitiendo era el embajador estadounidense en Buenos Aires (Spruille Braden), negando por tanto un estatus legítimo a la oposición política doméstica.

Lula por ejemplo [...] “nadie va a creer que si el imperio desestabiliza a Bolivia también es un plan contra Brasil”, el imperio quiere frenar la integración de Suramérica y ha escogido como blanco ahora a Bolivia, golpear a Bolivia es golpear al corazón geopolítico de Suramérica, no quieren que nazca esta gran patria, América Latina y el Caribe. Yo estoy seguro de que si Bolivia fuese desestabilizada y ocurriese lo que Fidel —alertándonos a todos— llama una tragedia, el gas que fluye desde allí, [...] y que sostiene gigantescas industrias del complejo industrial brasileño, lo más seguro es que ese gas se detenga y entraría en crisis Brasil, [...] el gas de Bolivia está sosteniendo con grandes dificultades el ritmo de crecimiento de Brasil, de Argentina y de Chile en parte. Así es que si el imperio golpea a Bolivia y la desestabiliza estaría desestabilizando al Cono Sur completo (Brasil, Argentina, Chile) (Chávez, I Cumbre Extraordinaria del ALBA, 23-iv-2008).

En este discurso Chávez articula las posiciones particulares de seis países, que a su vez están significando demandas específicas: demanda por la nacionalización de los recursos energéticos (Bolivia, Venezuela); demanda contra las acciones desestabilizadoras de las potencias extranjeras (Bolivia, Cuba); demandas por industrialización y desarrollo (Brasil, Argentina, Chile), y, en conjunto, demanda por integración. La conjunción de demandas tan diferentes en un breve pasaje evidencia el carácter contingente de la articulación. No hay ninguna relación lógica de necesidad entre ellas. El único fundamento de su vínculo está en el antagonismo frente al imperialismo estadounidense: la imputación a este de las diversas problemáticas de cada uno de estos países permite articular las demandas, al tornarlas equivalentes¹¹. De lo contrario, estas permanecerían aisladas en cada espacio nacional. Pero aquí son articuladas demandas que estaban conceptualmente aisladas (desarrollo, nacionalización de hidrocarburos, integración latinoamericana y soberanía política), y además geográficamente separadas: nacionalización en Bolivia y Venezuela; injerencia en Bolivia y Cuba, y desarrollo industrial en Argentina, Brasil y Chile.

La segunda realización posible, como una etapa posterior, supone un pueblo supranacional que predomine sobre las divisiones estatales, por ejemplo, la “patria grande” (o “La unión indoamericana” de Haya de la Torre, o “Nuestra América” de José Martí). Estos términos buscan dar un nombre a la plenitud ausente del pueblo sudamericano o latinoamericano: “la construcción del ‘pueblo’ va a ser el intento de dar un nombre a esa plenitud ausente” (Laclau, 2010: 112). En términos teóricos, estos posibles términos para nombrar al pueblo sudamericano remiten al concepto “significante vacío”, central en el planteo de Laclau “El rol semántico de estos términos no es expresar algún contenido positivo, sino, como hemos visto, funcionar como denominaciones de una plenitud que está constitutivamente ausente” (2010: 126).

En el discurso populista sudamericano la patria grande expresa la idea revisionista de una “nación inconclusa” (Ramos, 1973), lo cual remite nuevamente a la idea de una “plenitud ausente” que se presenta en la forma de un pasado mítico. Frente al descontento social, el discurso populista evoca una “plenitud mítica” pretérita de una sociedad latinoamericana completamente reconciliada consigo misma, sin divisiones, a la que promete volver (Laclau, 2010: 144, 152)¹². Algunos ejemplos de plenitud mítica del populismo sudamericano son la reivindicación del Congreso Anfictiónico de Panamá (Barrios, 2013), la evocación iberoamericanista de la Unión Ibérica de los siglos XVI-XVII (Methol Ferré, 2004), la exaltación utópica de las misiones jesuíticas (Zanatta, 2021) o, incluso, un pasado no tan lejano de desarrollo aut centrado y soberano mediante prácticas de sustitución de importaciones (Ferrer, 2007).

Esta comunidad plena ubicada en aquel pasado mítico es destruida en algún punto de fractura por la acción combinada de actores antagónicos. Un ejemplo de ello es la hipótesis revisionista de la balcanización,

¹¹ En términos estructurales, es una dinámica similar a la que se mencionaba en relación a la articulación entre marxistas y nacionalistas hispanistas a partir de su común desconfianza al imperialismo estadounidense.

¹² Esto corresponde a la noción psicoanalítica de la diada madre/hijo, a la que el sujeto se esfuerza por retornar durante toda su vida: “apunta al pasado, a un tiempo anterior a que el sujeto se hallara donde está ahora, inserto en el tiempo y dirigiéndose hacia la muerte” (Copjec, 2003: 33 *apud*. Laclau, 2010: 144).

que afirma que tras la independencia “la trenza entre los patriciados y el imperialismo inglés” (Methol, 2015: 61) promovió la división del eximperio español en pequeñas repúblicas dominadas por los diferentes puertos, cuyas oligarquías mantuvieron el control de los sectores agroexportadores y de intermediación financiera, beneficiándose del subdesarrollo: “Cada ciudad importante formó con su comarca un Estado. Nacieron así una veintena de ‘Ciudades-Estado’, la Polis oligárquica liberal” (Methol, 1984: s/d).

La idea de patria grande como una única nación constituye, en cierta forma, una realización del pueblo más estrictamente “populista” que la primera mencionada, relativa a la integración entre países, pues el pueblo adopta así un sentido geopolítico (como preveía de alguna forma el discurso “Unidos o dominados” de Perón). Este pueblo transnacional resurge puntualmente, en determinados momentos históricos, atizado por el antagonismo, como sucedió por ejemplo en el Estadio Mundialista de Mar del Plata, con ocasión de la Cumbre de los Pueblos (2005), cuando Chávez y Diego Armando Maradona arengaban a las masas en un entierro simbólico del proyecto del ALCA (que estaba siendo diplomáticamente rechazado a pocos kilómetros por los gobiernos del Mercosur, en la IV Cumbre de las Américas).

Pasando al caso europeo, nuevamente estamos frente a una situación muy diferente: la frontera discursiva entre élites y pueblo se superpone con la propia frontera nacional del país, allende la cual son relegadas las élites domésticas tachadas de “europeístas” (asociadas al proyecto de internacionalización de Bruselas, al cual el populismo acusa de la crisis y los agravios que sufre la comunidad). En este caso, no hay un gran poder extrarregional sobre el que proyectar el antagonismo, sino que el descontento social es atribuido al propio proceso de integración, en el cual convergen élites nacionales y regionales, neoliberales y cosmopolitas, en forma más o menos indiferenciada¹³. La acción política antipopular de las “élites europeístas” no está supeditada a un imperialismo externo a la región, sino a los *diktats* del poder económico y la burocracia comunitaria (los que privilegian en su accionar por sobre el interés nacional y la voluntad popular)¹⁴. Si bien hay amenazas extrarregionales antagónicas (como la inmigración), estas son subsidiarias de la insensibilidad de un poder caracterizado como regional¹⁵. La ausencia de un imperialismo hace que el exterior constitutivo asuma una naturaleza muy diferente a la del caso sudamericano, pues debe ser construido a partir de la práctica de exclusión asociada al antagonismo:

la única posibilidad de tener un verdadero exterior sería que el exterior no fuera simplemente un elemento más neutral, sino el resultado de una *exclusión*, de algo que la totalidad expele de sí misma a fin de constituirse (para dar un ejemplo político: es mediante la demonización de un sector de la población que una sociedad alcanza un sentido de su propia cohesión) (Laclau, 2010: 94).

De esta forma, la integración regional permite la exclusión de las élites hacia un exterior-regional, por fuera del ámbito nacional¹⁶. En torno a este poder regional convergen elementos muy heterogéneos percibidos como amenazas por el descontento social (la burocracia europea, la inmigración, el ajuste fiscal, la deste-

¹³ Esta situación varía parcialmente en países de Europa Oriental, como Grecia, Hungría o Polonia, donde el populismo acusa un predominio del poder regional sobre las élites nacionales, manteniendo algunas semejanzas con las relaciones imperialistas.

¹⁴ Como ha sido señalado, la reacción de los populismos contra la integración se asocia a la pérdida de legitimidad de la Unión Europea (Pirro y Taggart, 2018), en particular la percepción de un déficit democrático en el funcionamiento de la organización que favorece criterios burocráticos en la toma de decisiones frente a la soberanía popular en una variedad de temas. Esto generalmente es apuntado en relación a temas migratorios, pero también ha sido señalado para otras cuestiones, como por ejemplo las negociaciones comerciales asociadas al Acuerdo Transatlántico de Comercio e Inversiones (TTIP, por sus siglas en inglés).

¹⁵ Para la Europa contemporánea, el imperialismo de potencias extrarregionales no es una fuente de preocupación tan presente en la sociedad. Y, justamente, como se ha evidenciado en el último año, en el marco de la Guerra de Ucrania, cuando las amenazas imperiales externas surgen con más fuerza, algunos movimientos populistas moderan su euroscepticismo.

¹⁶ Determinadas iniciativas europeas fortalecen esta visión: “It is necessary, I submit, to relinquish all attempts to construct a homogeneous postnational ‘we’ in which the diverse forms of national ‘we’ would overcome. The negation of the national ‘we’, or the fear that such a negation could happen, is responsible for much of the resistance to European integration” (Mouffe, 2012: 634).

territorialización de la producción industrial, y una visión restrictiva y procedimental de la democracia), condensando simbólicamente amenazas que son presentadas diferencialmente por el consenso liberal.

El reverso que surge de esta exclusión es la emergencia de un pueblo de extensión estrictamente nacional. Si bien la constitución de este pueblo no tiene el desafío de combinar una diversidad geográfica de países (como sucedía en el caso sudamericano), el populismo europeo se enfrenta a la tarea de articular en torno a una identidad popular nacional una diversidad muy heterogénea de posiciones de sujeto (en ocasiones, contradictorias entre sí), que no se sienten representadas por el consenso centrista: trabajadores precarizados o desempleados, clases medias empobrecidas, pequeños productores rurales, tradicionalistas religiosos, nacionalistas, y conservadores políticos y culturales. Este es el sentido del “efecto frontera” que genera el antagonismo, a través de “una dicotomización del espacio social por la cual los actores se ven a sí mismos como partícipes de uno u otro de dos campos enfrentados” (Laclau, 2006a: 56). Lo único que tienen en común la diversidad de actores mencionados es estar del mismo lado de la frontera. De dicha frontera surgirá “quiénes son los miembros legítimos del *demos* [...] y cuál es el afuera constitutivo del nuevo orden” (Panizza, 2008: 86).

De esta forma, la identidad nacional, que podía ser un movilizador político de dudosa eficacia en muchos países europeos hace un par de décadas, asume ahora un renovado sentido político con la reducción de las élites centristas a “europeístas” y su exclusión del ámbito nacional¹⁷. Dicho de otra manera, no hay una identificación esencialista, sino que la emergencia del pueblo nacional como un sujeto político es resultado de la exclusión de las élites por su asimilación con el ámbito externo-regional. “La apoyatura de este sujeto autobloqueado en un objeto externo se da por medio de la fantasía. Ella llena contingentemente ese vacío inerradicable en última instancia, lo oculta con una promesa de plenitud gozosa” (París, 2019: 63).

Para el caso europeo, en la medida en que el pueblo es de extensión nacional, la plenitud presente en la promesa populista evoca a un pasado mítico de esplendor nacional. En el caso de los populismos de derecha, con una tradición más cercana al nacionalismo, esto es bastante intuitivo, asociado a una identidad homogénea de corte étnico-nacional con valores compartidos. Al respecto se ha observado cómo los denominados populismos de derecha de Francia y Holanda mantienen una permanente indiferenciación entre nación y pueblo, entre soberanía nacional y popular, haciendo que en ocasiones el antagonismo no sea establecido entre un pueblo y una élite, sino entre una comunidad étnica y una otredad peligrosa (Stavrakakis *et al.*, 2017). De todos modos, en estos casos el antagonismo frente a la integración también opera como un marco en el cual desplegar esta indiferenciación, como muestra el siguiente pasaje de Marine Le Pen (citado en el texto antes referido): “The European Union is working to destroy the nation and we are here to defend our people” (BBC, 2015). Por otra parte, una dinámica similar también opera para los populismos de izquierda, que evocan un pasado nacional de pleno empleo, soberanía popular y elevados valores morales (en particular, la igualdad). Por ejemplo, al fundamentar el euroescepticismo del populismo de izquierda, Mouffe convoca a movilizar los afectos “hacia una identificación patriota con los aspectos mejores y más igualitarios de la tradición nacional” (2018: 96).

Cabe hacer aquí un breve paréntesis para presentar la diversidad de perspectivas que la cuestión de un “pueblo nacional” genera al interior del populismo de izquierda europeo. Sin profundizar en los discursos partidarios, solo con trabajos académicos, ya se visualiza lo espinoso del asunto. Mouffe acusa recibo de “la crítica que suele hacerse a la estrategia populista de izquierda” sobre “el rol que le atribuye a la cues-

¹⁷ “Al fin de concebir al ‘pueblo’ del populismo necesitamos algo más: necesitamos una *plebs* que reclame ser el único *populus* legítimo —es decir, una parcialidad que quiera funcionar como la totalidad de la comunidad (‘Todo el poder a los Soviets’, o su equivalente en otros discursos, sería un reclamo estrictamente populista)—” (Laclau, 2010: 108).

ción nacional” (2018: 95), que plantea una serie de cuestiones, incluida la adhesión a la UE. Al respecto, su argumento apunta a que:

la lucha hegemónica para recuperar la democracia debe comenzar a nivel del Estado nacional, que, a pesar de haber perdido muchas de sus prerrogativas, continúa siendo uno de los espacios claves para el ejercicio de la democracia y la soberanía popular. [...]. La colaboración con los movimientos similares en otros países solo será productiva cuando esta voluntad colectiva se haya consolidado. Es evidente que la lucha contra el neoliberalismo no puede ganarse sólo a nivel nacional, y sabemos que será necesario establecer una alianza a nivel europeo. Pero una estrategia populista de izquierda no puede ignorar la fuerte investidura libidinal que interviene en las formaciones nacionales—o regionales—de identificación, y sería muy riesgoso dejar ese terreno en manos de la derecha (Mouffe, 2018: 96).

Por otra parte, Íñigo Errejón matiza esta visión al afirmar que “el futuro de Europa se dirime entre un retroceso oligárquico de décadas o una apertura popular y constituyente que, sin duda alguna, empieza por los pueblos unidos en Europa” (2018: 121), idea que remite al mismo pueblo transnacional que propone el populismo sudamericano. Teniendo en cuenta algunos datos presentados durante el texto, esto no debería sorprender, ya que, por un lado, Podemos es destacado como el único partido populista europeo que no es euroescéptico (Rensmann, 2018), y, por otro, Errejón hace énfasis en el mismo texto citado acerca de la necesidad de que el populismo europeo aprenda de la experiencia del populismo latinoamericano.

En conclusión, el lugar diferente que los populismos sudamericano y europeo asignan a la integración regional en el marco de los antagonismos que respectivamente establecen determina diferencias en el trazado de la frontera antagonica y en su expresión geográfica. Por su vez, estas determinan también diferencias en la práctica de exclusión de los actores antagonicos, así como en el alcance del pueblo que resulte de tal exclusión (un pueblo regional o un pueblo nacional). Si se admite que “Toda frontera política adquiere su sentido a partir del modo como identifica lo que está más allá de la frontera” (Laclau, 2010: 234), la comparación entre cómo los populismos sudamericano y europeo conjugan el trazado de fronteras discursivas y geográficas en torno a la cuestión de la integración permite observar cuán fecunda resulta la expresión geográfica de los antagonismos. Esto lleva a plantear la pregunta acerca de si no es justamente la posibilidad de darle una dimensión geográfica a la exclusión del antagonista lo que hace el tema de la integración tan fecundo para el discurso populista (nuevamente: ci-payos del imperialismo, élites europeístas).

5. Conclusión y nuevas preguntas sobre el antagonismo particularismo/universalismo

A través del análisis de la relación entre populismo e integración regional en Sudamérica desde el enfoque de la teoría sobre el populismo de Laclau, se intentó contribuir a comprender, en los propios términos del populismo, por qué el populismo sudamericano es favorable a la integración. Además, al cotejar una serie de puntos con el caso europeo, surgieron elementos para entender las perspectivas opuestas que el populismo mantiene sobre la integración regional en cada región.

Muy resumidamente, se plantea que en Sudamérica el discurso populista mantiene desde hace un siglo una postura favorable a la integración, que considera una herramienta para satisfacer las demandas populares. El populismo sudamericano establece un antagonismo frente a las oligarquías terratenientes y el imperalismo, a quienes atribuye la responsabilidad por las carencias que sufre la región en relación al desarrollo, la democracia y la autonomía. En ese marco, la integración es un medio idóneo para la satisfacción de estas

demandas, para la exclusión de la oligarquía (deslegitimada por su supeditación a los intereses extranjeros) y del imperialismo (cuya capacidad de influencia es limitada por la unidad de las posiciones populares), y para la emergencia de un pueblo latinoamericano como la realización plena de la comunidad regional.

En cambio, en Europa, el discurso populista es euroescéptico porque considera la integración una amenaza para la comunidad y responsable por la insatisfacción de las demandas populares. Ello permite establecer un antagonismo en relación al proceso de integración regional, que por su vez genera como efecto la exclusión de las “élites centristas europeístas” y, como reverso de esta exclusión, revigorar el ámbito nacional como espacio de desarrollo del pueblo, entendido como una “comunidad plena”. Este discurso gana una gran capacidad de interpelar a la sociedad a partir de la crisis generada por la gran recesión de 2008-2009 y el colapso del consenso democrático (neo)liberal.

Naturalmente, con ello no se pretende agotar la explicación de todos los aspectos de la relación entre estos dos fenómenos, ni todas sus variantes. Entre los aspectos remanentes que deben ser considerados, y sobre los que será necesario profundizar en otra oportunidad, se destaca el disímil peso político que el populismo ha tenido y tiene en uno y otro continente, o la posición relativa de cada continente en el sistema internacional.

Sobre el primer aspecto, como fue mencionado al exponer el vínculo histórico entre integración y populismo en Sudamérica, la visión favorable podría responder en parte a la propia naturaleza que la integración asume en esta región, justamente como resultado de un influjo populista que se proyecta a través de actores políticos (incluidos los gobernantes), burocráticos e intelectuales. Muchas de las características de la integración sudamericana (proteccionista, soberanistas, y con un rol prioritario para Estados, gobiernos y presidentes) no solo remiten a los atributos del populismo latinoamericano, sino a su carácter antagónico frente al imperialismo y las hegemonías mundiales. Durante las tres oleadas presentadas hay una continuidad en búsqueda de soberanía económica y política, que confiera autonomía a los Estados de la región en el sistema internacional¹⁸.

Sobre el segundo aspecto, la visión negativa del populismo europeo hacia la integración europea puede asociarse a que este proceso es asociado a la trayectoria de la región “como potencia normativa y su papel como pilar del internacionalismo liberal” (Sanahuja, 2018: 87). Dicho de otra manera, lo que está en cuestión es la pérdida de peso relativo de Europa como centro mundial de generación de tendencias universalistas durante los últimos cinco siglos. Entonces, la cuestión que aquí se abre es si las diferencias en la valoración que el populismo de cada región hace con respecto a la integración no responden también a diferencias en la propia naturaleza que el proceso de integración adopta en una y otra región. Al respecto, interesa plantear su vínculo con lo que podríamos denominar “tendencias universalistas”: el cosmopolitismo, la expansión de un mercado mundial, el neoliberalismo, el globalismo, el internacionalismo socialista y, más ampliamente aún, cualquier forma de organización que determinada hegemonía mundial intente imponer como universal.

Karl Polanyi y Chantal Mouffe reivindican justamente el regionalismo como posible ámbito de construcción de alternativas particulares y autónomas frente a tendencias universalistas (Polanyi, 1992; Mouffe, 2010, 2013), aunque también como posible herramienta de consolidación de tales tendencias (Mouffe, 2012, 2018). Con base en esta literatura, se propone que el populismo tiende a valorar la integración como favorable al pueblo o a las élites, según la perciba como freno o estímulo a la implementación de tales

¹⁸ La prioridad de la autonomía, entendida como interés nacional de los Estados se refleja a su vez en las limitaciones de la práctica de integración, carente de instancias de supranacionalidad y centrada en una aproximación defensiva del relacionamiento a nivel sistémico de la región con el exterior.

tendencias universalistas, las cuales son identificadas como amenazas a la comunidad y, en particular, a sus aspectos particularistas que el populismo reivindica (decisionismo, soberanía popular, autonomía, interés nacional, protección social, identidad étnico-nacional y telurismo). La ambivalencia en las formas en que el regionalismo se puede posicionar frente al universalismo, ya sea como freno o como estímulo, determina la ambivalencia de la frontera externa que el populismo establece al abordar la integración regional: puede ser un límite que separe la sociedad nacional y la región —que parece ser el caso predominante de la integración europea, alineada con el universalismo— o entre la región y el mundo, para el caso sudamericano.

Veamos brevemente cómo funciona este esquema para los dos casos que nos ocupan. Por un lado, para el populismo sudamericano, la integración es una vía para defender el interés nacional y la posibilidad de desarrollar autónomamente modelos de organización económica, política y social diferentes a los promovidos como universales por las hegemonías mundiales y el imperialismo, y adoptados acríticamente por las élites locales (liberalización comercial, democracia procedimental, valores cosmopolitas). Los reclamos del populismo europeo contra el universalismo cosmopolita y neoliberal no difieren mucho de los que en 1955 ya hacía Methol Ferré, al contraponer “la búsqueda de lo universal en lo concreto y no en lo abstracto, como lo hace su antítesis, el internacionalismo cosmopolita y vacío de las oligarquías portuarias” que encuentra “su más perfecta adecuación con el racionalismo constitucionalista francés y el librecambismo británico” (1955: 37).

Por su parte, el discurso populista euroescéptico antagoniza con la integración europea al considerarla un catalizador utilizado por las élites centristas para implementar transformaciones de sentido universalista por sobre la identidad, los intereses y los valores del pueblo. Estas transformaciones amenazan al pueblo y son causa de descontento social (a través, por ejemplo, de la precarización, la inseguridad, el multiculturalismo o la desterritorialización de la producción y el capital), al mismo tiempo que, dada su pretensión de universalidad, cercenan la posibilidad de generar alternativas particulares y acaban reduciendo la política a la mera administración de la aplicación de principios universales.

Eventualmente, podrá cuestionarse que las categorías “tendencias universales” y “aspectos particularistas” refieren a conjuntos demasiado heterogéneos, lo que implicaría el riesgo de reducir sus aportes analíticos. Sin embargo, justamente, este es el sentido que tiene la distinción dicotómica populista, allí radica su “eficacia simbólica”: permite condensar en un discurso político más o menos general, vago e indeterminado, unidades que *a priori* pueden ser no solo heterogéneas, sino también inabarcables conceptualmente (en su extremo, contradictorias), al condensarlas en torno a categorías amplias como “pueblo”: “el lenguaje de un discurso populista —ya sea de izquierda o de derecha— siempre va a ser impreciso y fluctuante: no por alguna falla cognitiva, sino porque intenta operar performativamente dentro de una realidad social que es en gran medida heterogénea y fluctuante” (Laclau, 2010: 151). Así como Juan Domingo Perón aunaba a sectores de izquierda y derecha radical, el euroescéptico o la “patria grande” latinoamericana son significantes que logran interpelar, aunar y articular en un mismo discurso posiciones sociales muy heterogéneas, en ocasiones incluso contradictorias, pero en general interpeladas por estos discursos opuestos o críticos al universalismo.

Referencias bibliográficas

- BALDASSARI, M., CASTELLI, E., TRUFFELLI, M. y VEZZANI, G. (eds.) (2019): *Anti-Europeanism. Critical Perspectives Towards the European Union*, Springer.
- BARRIOS, M. A. (2013): *Hugo Chávez: pensamiento histórico y geopolítico*, Buenos Aires, Biblos.
- BARROS, S. (2009): “Las continuidades discursivas de la ruptura menemista”, en F. PANIZZA (comp.): *El populismo como espejo de la democracia*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, pp. 234-253.
- BBC (2015): “Le Pen finds common cause with Europe’s nationalists”, 16/06/2015. Disponible en: <https://www.bbc.com/news/blogs-eu-33157127> (consultado el 10 de julio de 2023).
- BIGLIERI, P., y PERELLÓ, G. (2012): *Los usos del psicoanálisis en la teoría de la hegemonía de Ernesto Laclau*, Buenos Aires, Grama.
- BRICEÑO RUIZ, J., y RIVAROLA, A. (2020): “Introduction. Resilience and regionalism: agents and structures”, en J. BRICEÑO RUIZ y A. RIVAROLA (eds.): *Regionalism in Latin America*, Routledge, pp. 1-12.
- BRICEÑO RUIZ, J., y RUIZ, D. (2006): “La política regional en los procesos de integración económica: comparando las experiencias de la Unión Europea y el Mercosur”, *Compendium*, 9(17), pp. 57-73.
- BRICEÑO RUIZ, J., y SIMONOFF, A. (2014): “Revisando la autonomía en América Latina en un contexto de inserción internacional y regionalismo”, en J. BRICEÑO RUIZ y A. SIMONOFF (eds.): *Integración y cooperación en América Latina. Una relectura desde la teoría de la autonomía*, Buenos Aires, Biblos, pp. 9-27.
- BURDMAN, J. (2020): “La innovación de Perón en 1953: fundamentos históricos para una geopolítica crítica en Sudamérica”, *Geopolítica (s): Revista de Estudios Sobre Espacio y Poder*, 11(1), pp. 185-200.
- CAETANO HARGAIN, G., y HERNÁNDEZ NILSON, D. (2021): “Treinta años de Mercosur: canon regionalista”, *Cuadernos Americanos*, 176, pp. 15-41.
- (2022): “Horizontes geopolíticos de la protección internacional de la democracia en Latinoamérica y el Caribe”, en E. JEGER, D. DURÁN CRUZ y B. T. LUCIANO: *Multilateralismo y Regionalismo en Tiempos Desafiante: Relaciones entre Europa y América Latina y el Caribe*, Hamburgo, Fundación EU-LAC, pp. 14-25.
- CAMPBELL, D. (1990): “Global inscription: How foreign policy constitutes the United States”, *Alternatives*, 15(3), 263-286.
- (1992): *Writing Security*, University of Minnesota Press.
- COPJEC, J. (2003): *Imagine there’s no Woman. Ethics and Sublimation*, Cambridge, MIT Press.
- ERREJÓN, I. (2019): “España y Europa en la encrucijada entre teoría y praxis: para pensar los nuevos populismos”, en E. RINESI: *A contracorriente: materiales para una teoría renovada del populismo*, Bogotá, Editorial Pontificia Universidad Javeriana, pp. 133-153.
- FERRER, A. (2007): “El éxito del Mercosur posible”, *Brazilian Journal of Political Economy*, São Paulo, vol. 27, nº 1, pp. 147-156.
- FURTADO, C. (1997): *Obra autobiográfica*, Rio de Janeiro, Paz e Terra, 1997.
- GARDINI, G. L. (2010): *The origins of Mercosur: democracy and regionalization in South America*, Basingstoke/Nueva York, Palgrave Macmillan.
- HERNÁNDEZ NILSON, D. (2019): “De lo nacional-popular al esbozo de un regionalismo populista”, en G. CAETANO y D. HERNÁNDEZ NILSON (coords.): *Alberto Methol Ferré: reflexiones sobre geopolítica y la región*, Montevideo, Planeta, pp. 200-216.
- (2020): “La Experiencia Nacional-Popular en el Pensamiento de Alberto Methol Ferré sobre la Integración”, *Iberoamericana. Nordic Journal of Latin American and Caribbean Studies*, 49 (1), pp. 1-11.
- (2022): “La supervivencia del Mercosur: entre la aberración institucional y el regionalismo populista”, en G. GERARDO y D. HERNÁNDEZ NILSON (coords.): *30 años del Mercosur. Trayectorias, flexibilización e Interregionalismo*, Montevideo, Udelar, Fundación EU-LAC, Fundación Carolina, GIGA.
- JAGUARIBE, H. (1968): *Desenvolvimento econômico e desenvolvimento político*, Rio de Janeiro, Paz e Terra.
- (1998): “El Mercosur y las alternativas para el orden mundial”, *Revista de Ciencias Sociales*, 9, pp. 7-30.
- (2003): “Mercosur y ALCA”, *Studia Politicae*, nº 1, pp. 15-27.
- (2008): *Brasil, mundo e homem*, Brasília, Fundação Alexandre de Gusmao.

- LACLAU, E. (1985): “Tesis acerca de la forma hegemónica de la política”, en M. J. DEL CAMPO LABASTIDA: *Hegemonía y alternativas políticas en América Latina (Seminario de Morelia)*, Ciudad de México: Siglo XXI, pp. 19-38.
- (2008): “Atisbando el futuro”, en S. CRITCHLEY y O. MARCHART (comps.): *Laclau: aproximaciones críticas a su obra*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, pp. 347-404.
- (2010): *La razón populista*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- LACLAU, E., y MOUFFE, Ch. (1987): *Hegemonía y estrategia socialistas*, Madrid, Siglo XXI.
- LULA DA SILVA, L. I. (2008): Discurso na Reunião Extraordinária de Chefes de Estado e de Governo da União Sul-Americana de Nações – Unasul, 2008. Disponible en: <http://www.biblioteca.presidencia.gov.br/presidencia/ex-presidentes/luiz-inacio-lula-dasilva/discursos/20-mandato/2008/23-05-2008-discurso-do-presidente-da-republica-luiz-inacio-lula-da-silva-durante-a-reuniao-extraordinario-de-chefes-de-estado-e-de-governo-da-uniao-sul-americana-de-nacoes-Unasul/view> (consultado el 18 de marzo de 2022).
- MALAMUD, A. (2005): “Mercosur turns 15: between rising rhetoric and declining achievement”, *The Cambridge Review of International Affairs*, 18 (3), pp. 421-436.
- (2013): “El Mercosur: misión cumplida”, *Revista saap*, 7 (2), pp. 275-282.
- MALAMUD, A., y SCHMITTER, P. C. (1996): “La experiencia de integración europea y el potencial de integración del Mercosur”, *Desarrollo Económico. Revista de Ciencias Sociales*, 46(181), pp. 3-31.
- METHOL FERRÉ, A. (1955): “El marxismo y Jorge Abelardo Ramos”, *Nexo*, 1(I), abril-mayo, pp. 24-42.
- (1984): “Ante la caída del peronismo”, *Nexo*, 1(2).
- (2004): “Nuestras tres ebulliciones totalizadoras”, *Agenda de reflexión*, 189, 10 de junio de 2004.
- (2013): *Los Estados continentales y el Mercosur*, Montevideo, HUM.
- (2015): *El Uruguay como problema*, Montevideo, HUM.
- MOFFITT, B. (2020): *The Global Rise of Populism: Performance, Political Style, and Representation*, Stanford University Press.
- MOUFFE, Ch. (2010): “Política agonística en un mundo multipolar”, *Documentos CIDOB. Dinámicas interculturales*, (15).
- (2012): “An Agonistic Approach to the Future of Europe”, *New Literary History*, 43(4), pp. 629-640. Disponible en: <http://www.jstor.org/stable/23358660>.
- (2015): *Agonística: pensar el mundo políticamente*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- (2018): *Por un populismo de izquierda*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- MUDEDE, C., y ROVIRA KALTWASSER, C. (2011): “Voices of the Peoples: Populism in Europe and Latin America Compared”, *Working Paper #378*, Notre Dame IN, Kellogg Institute (julio).
- (2012): *Populism in Europe and the Americas: Threat Or Corrective for Democracy?*, Cambridge University Press.
- (2013): “Exclusionary vs. Inclusionary Populism: Comparing Contemporary Europe and Latin America”, *Government and Opposition*, 48 (2), pp. 147-174.
- (2019): *Populismo: una breve introducción*, Madrid, Alianza Editorial.
- PANIZZA, F. (1990): *Uruguay: batllismo y después*, Montevideo, EBO.
- (2008) “Fisuras entre populismo y democracia en América Latina”, *Stockholm Review of Latin American Studies* 2, pp. 81-93.
- (2009): “Introducción: El populismo como espejo de la democracia”, en F. PANIZZA (comp.): *El populismo como espejo de la democracia*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, pp. 9-51.
- PARÍS, P. (2019): “Un camino con baches. La negatividad en la obra de Laclau”, *Anacronismo e Irrupción*, 8(15), pp. 56-72.
- PIRRO, A. L., y TAGGART, P. (2018): “The populist politics of Euroscepticism in times of crisis: A framework for analysis”, *Politics*, 38(3), pp. 253-262.
- POLANYI, K. (1992): *La gran transformación: los orígenes políticos y económicos de nuestro tiempo*, México, FCE.
- PUIG, J. C. (1980): *Doctrinas internacionales y autonomía latinoamericana*, Caracas, Universidad Simón Bolívar.

- RAMOS, A. (1973): *Historia de la nación latinoamericana*, Buenos Aires, Peña Lilio.
- RENSMANN, L. (2017): “The noisy counter-revolution: Understanding the cultural conditions and dynamics of populist politics in Europe in the digital age”, *Politics and Governance*, 5(4), pp. 123-135.
- RIGGIROZZI, P., y TUSSIE, D. (2012): “The rise of post-hegemonic regionalism in Latin America”, en P. RIGGIROZZI y D. TUSSIE (eds.): *The rise of post-hegemonic regionalism: the case of Latin America*, Londres, Springer, pp. 1-16.
- RIVAROLA, A. (2014): “Autonomía y geopolítica”, en J. BRICEÑO RUIZ y A. SIMONOFF (eds.): *Integración y cooperación en América Latina. Una relectura desde la teoría de la autonomía*, Buenos Aires, Biblos, pp. 71-94.
- (2020): “The military and Latin American integration”, en J. BRICEÑO RUIZ y A. RIVAROLA (eds.): *Regionalism in Latin America*, Routledge, pp. 97-116.
- ROJAS, R. (2018): “Haya, Mella y la división originaria”, *Telar*, 20, pp. 45-67.
- ROODUIJN, M., y VAN KESSEL, S. (2019): “Populism and euroscepticism in the European Union”, *Oxford Encyclopedia of European Union Politics*.
- SANAHUJA, J. A. (2009): “Del ‘regionalismo abierto’ al regionalismo post-liberal. Crisis y cambio en la integración regional en América Latina y el Caribe”, en A. L. MARTÍNEZ, L. PEÑA y M. VÁZQUEZ: *Anuario de la Integración Regional de América Latina y el Gran Caribe*, Buenos Aires, CRIES, pp. 11-54.
- (2012): “La construcción de una región: Suramérica y el regionalismo posliberal”, en M. CIENFUEGO y J. A. SANAHUJA (eds.), *Una región en construcción. UNASUR y la integración en América del Sur*, Barcelona, Fundación CIDOB, pp. 19-72.
- (2018): “Crisis de globalización, crisis de hegemonía: un escenario de cambio estructural para América Latina y el Caribe”; en SERBÍN, A. (ed.): *América Latina y el Caribe frente a un Nuevo Orden Mundial: Poder, globalización y respuestas regionales*, CRIES.
- (2019): “Crisis de la globalización, el regionalismo y el orden liberal: el ascenso mundial del nacionalismo y la extrema derecha”, *Revista Uruguaya de Ciencia Política*, 28(1), pp. 59-94.
- SERBIN, A. (2011): *Chávez, Venezuela y la reconfiguración política de América Latina y el Caribe*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- STAVRAKAKIS, Y.; ANDREADIS, I., y TEPEROGLOU, E. (2022): “Unpacking the Interplay Between Populism and Euroscepticism: Towards a New Operationalization”, Paper presented at the ECPR General Conference (22-26 de agosto), University of Innsbruck Panel: Populism and Euroscepticism Section: Elections, Public Opinion and Voting Behaviour - A return to normalcy? Disponible en: <http://www.datapopeu.gr/sites/default/files/populism-euroscepticism.pdf> (consultado el 7 de julio de 2023).
- STAVRAKAKIS, Y.; KATSAMBEKIS, G.; NIKISIANIS, N.; KIOUPKIOLIS, A., y SIOMOS, T. (2017): “Extreme right-wing populism in Europe: revisiting a reified association”, *Critical Discourse Studies*, 14(4), pp. 420-439.
- STREECK, W. (2021): “El Sistema de Estados Internacional después del Neoliberalismo: Europa entre la Democracia Nacional y la Centralización Supranacional”, *Revista de Estudios Globales*, 1(1), pp. 99-123.
- SUÁREZ GONZÁLEZ DE ARAUJO, L. (2008): “Identidad, diferencia y ciudadanía: una aproximación desde Chantal Mouffe”, *Bajo palabra. Revista de Filosofía*, 3, pp. 137-146.
- TAGGART, P., y ROVIRA KALTWASSER, C. (2016): “Dealing with populists in government: some comparative conclusions”, *Democratization*, 23 (2), pp. 345-365.
- TUSSIE, D., y RIGGIROZZI, P. (2012): *The rise of post-hegemonic regionalism: the case of Latin America*, Springer.
- WASSERMAN, C. (2010): “La perspectiva brasileña del desarrollo y de la integración latinoamericana y regional (1945-1964): intelectuales, políticos y diplomacia”, *Universum (Talca)*, 25(2), pp. 195-213.
- WEYLAND, K. (2003): “Neopopulism and neoliberalism in Latin America: how much affinity?”, *Third world quarterly*, 24 (6) 1095-1115.
- ZANATTA, L. (2021): *El populismo jesuita*, Buenos Aires, Edhasa.



Fundación Carolina, septiembre 2023

Fundación Carolina
Plaza del Marqués de Salamanca nº 8
4ª planta, 28006 Madrid - España
www.fundacioncarolina.es
[@Red_Carolina](https://twitter.com/Red_Carolina)

ISSN-e: 1885-9119

DOI: <https://doi.org/10.33960/issn-e.1885-9119.DT89>

Cómo citar:

Hernández Nilson, D. (2023): “El regionalismo populista sudamericano. Apuntes para la comprensión de sus diferencias con el populismo euroescéptico”,
Documentos de trabajo nº 89 (2ª época), Madrid, Fundación Carolina.

La Fundación Carolina no comparte necesariamente las opiniones manifestadas en los textos firmados por los autores y autoras que publica.

Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons
Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

